



INVERTIR EN FUTURO

Un hombre estaba perdido en el desierto. Parecía condenado a morir de sed. Por suerte, llegó a una vieja cabaña destartalada, sin techo ni ventanas. Merodeó un poco alrededor hasta que encontró una pequeña sombra donde pudo acomodarse y protegerse un poco del sol. Mirando mejor, distinguió en el interior de la cabaña una antigua bomba de agua, bastante oxidada. Se arrastró hasta ella, agarró la manivela y comenzó a bombear, a bombear con todas sus fuerzas, pero de allí no salía nada. Desilusionado, se recostó contra la pared sumido en una profunda tristeza. Entonces notó que a su lado había una botella. Limpió el polvo que la cubría, y pudo leer un mensaje escrito sobre ella: «Utilice toda el agua que contiene esta botella para cebar la bomba del pozo. Después, haga el favor de llenarla de nuevo antes de marcharse».

El hombre desenroscó la tapa y vio que, efectivamente, estaba llena de agua. ¡Llena de agua! De pronto, se encontró ante un terrible dilema: si se bebía aquella botella, calmaría su sed por un pequeño tiempo, pero si la utilizaba para cebar esa bomba vieja y oxidada, tal vez obtendría agua fresca del fondo del pozo, y podría tomar toda la que quisiera, y llenar sus cantimploras vacías, pero tal vez no, tal vez la bomba no funcionara y desperdiciaría tontamente todo el contenido de la botella, teniendo tanta sed. ¿Qué debía hacer? ¿Debía apostar por aquellas instrucciones poco fiables, escritas no se sabe cuánto tiempo atrás?

Al final, se armó de valor y vació toda la botella en la bomba, agarró la manivela y comenzó a bombear. La vieja maquinaria rechinaba pesadamente. El tiempo pasaba y nuestro hombre estaba cada vez más nervioso. La bomba continuaba con sus chirridos secos, hasta que de pronto surgió un hilillo de agua, que enseguida se hizo un poco mayor y, finalmente, se convirtió en un gran chorro de agua fresca y cristalina. Bebió ansiosamente, llenó sus cantimploras y, al final, llenó también la botella para el próximo viajante. Tomó la pequeña nota y añadió: «Créame que funciona, eche toda el agua».

Esta sencilla historia nos recuerda una realidad constantemente presente en la vida de toda persona: cualquier logro supone casi siempre aplazar una posible gratificación presente y correr el riesgo de que ese sacrificio resulte improductivo. Y aunque es cierto que buena parte de nuestros esfuerzos son improductivos, o al menos lo parecen, es igual de cierto que cuando tendemos a contentarnos con satisfacciones a corto plazo y no invertimos en objetivos mejores a un plazo más largo, es fácil entonces que nos deslicemos por la pendiente de la mediocridad o del conformismo.

Cada día se nos presentan oportunidades que nos pueden ayudar a ser mejores personas o que nos abren puertas que nos conducen a situaciones mejores. Y si no apuestas, si no inviertes en el futuro, es seguro que al final habrás perdido. Porque hay trenes que se pierden y luego vuelven a pasar, pero otros no.

Todos debemos sacrificar cosas de un orden inferior para lograr otras que son de orden superior. No podemos acostumbrarnos a rehuir esos desafíos. Hay gente a la que le resulta difícil pensar en el después, que está acostumbrada a dejar las cosas para más adelante, y eso hace que su vida sea una vida desorganizada, de constantes dejaciones y atropellos, una vida de la que apenas se tiene control y que, al final, no conduce al puerto deseado.

Las personas que procuran acometer cuanto antes el deber costoso se sienten psicológicamente más despejadas, y quienes tienden a retrasarlo se sienten más decepcionadas y frustradas. Empezar, de entre las tareas pendientes, por la que a uno más le cuesta, suele ser un modo de proceder que aligera la mente, que aumenta la eficacia de nuestros esfuerzos y que mejora nuestra calidad de vida. Quienes siempre encuentran motivos para demorar lo que les cuesta, son personas que viven tortuosas esclavitudes, por mucho que lo decoren con apariencias de feliz espontaneidad o de bohemio abandono.

(Alfonso Aguiló)

¿POR QUÉ NO APOSTAR?

Un niño se dirigió a su abuela y le dijo:

-Mira abuela, ¿qué te apuestas a que llego de un salto a ese punto de allí?

-Yo no apuesto -respondió la abuela.

-Por qué, ¿es que no crees que vaya a llegar? -dijo su nieto para intentar convencerla.

-¿Tú estás seguro de que llegarás? -le preguntó la abuela.

-Sí.

-Entonces eres un tramposo -le dijo la abuela.

-Bueno, pues apostamos para ver si llego a ese otro punto más lejos.

-Yo no apuesto -dijo la abuela.

-Pero por qué, ¿es que no crees que vaya a llegar? -le repitió su nieto.

-Tú estás seguro de que llegarás? -volvió a preguntar la abuela.

-No, ahora no soy un tramposo, de verdad, no estoy seguro.

A lo que su abuela le respondió:

-Si sabes que vas a ganar, eres un tramposo, y si no lo sabes y apuestas, entonces eres un iluso.

SAN JUAN JOSÉ DE LA CRUZ

San Juan José de la Cruz nace en 1654 en la isla de Ischia, frente a Nápoles, de una familia cuyos cinco hijos se consagran a Dios en la vida religiosa.

Lo mismo de maestro de novicios que de superior provincial y director de almas, San Juan José de la Cruz hace de su vida una Cuaresma de oración y penitencia.

En su amor a la pobreza, llega a ser llamado «el Padre Cien Remiendos». A su hábito lo considera como la túnica de Cristo, signo de su consagración a él. Y hasta su muerte en Nápoles, con 80 años, el 5 de marzo de 1734, acata siempre la Providencia de Dios; persuadido de que un ser como el hombre, con poco más de tres dedos de frente, no puede abarcar los insondables designios divinos.

SAN CASIMIRO

En Wawel, Cracovia, hace el número tres, entre los trece hijos del rey Casimiro de Polonia e Isabel de Austria. Con el ejemplo de una juventud heroicamente cristiana, será el Patrono de Lituania y de Polonia.

Su espíritu de oración, íntima y reposada, se acompaña del recuerdo continuo de la Pasión de Cristo; y de una austeridad penitente, que le lleva a dormir en el suelo de su misma habitación.

Prefiere renunciar a la corona que le ofrecen en Hungría, antes que conseguirla derramando la sangre de aquellos soldados tan cristianos de Hungría.

Al marchar su padre a Lituania, se hace cargo, a sus 21 años, del gobierno de Polonia, de 1479 a 1483; y es llamado «el padre y defensor de los necesitados». Su juventud permanece firme en el propósito, siempre renovado, de castidad. Y en él le encuentra la muerte, el 4 de marzo de 1484.

Conforme a sus deseos, es enterrado dentro de la capilla de la Virgen, en la catedral de Vilna, Lituania; apretando entre los dedos el texto de sus plegarias a la Virgen, titulado: *Cada día, invoca a María.*

CONSEJOS DE BENJAMIN FRANKLIN

Piensa solamente lo mejor, espera solamente lo mejor, trabaja solamente por lo mejor.

Se tan entusiasta en los éxitos de los demás, como en los propios.

Olvida los errores del pasado y labora para el éxito futuro.

Ocúpate lo más posible de mejorar espiritualmente de modo que no tengas tiempo de criticar al prójimo.

Ocúpate siempre en algo útil y no desperdicies el tiempo.

Evita los extremos y no actúes con ira.

No te indispongas por tonterías, accidentes o problemas.

Guíate el amor y no pierdas la paz. Imita la sencillez de Jesús.

SÉ PADRE, NO AMIGO

La palabra, el concepto autoridad tiene connotaciones negativas. Y las tiene por la sencilla razón de que es fácil, para quien la tiene, caer en el autoritarismo. En las relaciones humanas entre iguales -entre amigos, colegas de trabajo, etc.- no se ejerce la autoridad. Simplemente porque esa igualdad de papeles la imposibilita.

En una pandilla de amigos, no hay jefes; en todo caso, hay líderes. Ese líder no tiene autoridad por sí mismo. La tiene, por ejemplo, porque es el más divertido del grupo. En un grupo de colegas, no hay jefes; en todo caso, hay prestigiosos profesionales que ejercen un cierto ascendiente sobre los demás por su buen hacer reconocido por todos.

La autoridad la ejerce aquel que, por sí mismo, tiene un papel distinto que desempeñar con respecto al resto de personas que se relacionan con él. Esta autoridad -dando por obvio que se aplique correctamente- es necesaria para la eficacia. Una empresa, por ejemplo, sin una adecuada dirección se convertiría en un caos abocado a la ruina. La familia es asociación de relaciones interpersonales. En la familia hay distintos papeles que desempeñar. En una familia somos iguales pero somos distintos.

Muchos padres actuales quizá fueron educados con un exceso de autoridad por parte de sus progenitores. Con lógica, han decidido que ellos no pueden hacer lo mismo con sus hijos. De acuerdo. Pero si se olvida que el papel de un padre es distinto al de un hijo, se puede caer en un extremo tan erróneo como el del autoritarismo: padres colegas de sus hijos; padres que quieren hacerse iguales que sus hijos. Así, la necesaria y justa autoridad desaparece. La familia sin autoridad es como esa empresa sin dirección: ruina garantizada.

Ser padre implica un papel distinto. Y esta desigualdad entre padres e hijos es un valor positivo. Es un valor básico para la correcta educación de los hijos. No lo olvides: ser distinto a tu hijo es la grandeza de ser padre. Lo distinto es lo que puedes aportar a tu hijo, a un alumno. Si te haces igual, tú no tienes nada que aportar.

-Pero si la amistad es buena, ¿por qué no se puede ser amigo de los hijos?

Porque el desarrollo psicológico de cualquier niño necesita de la figura clara de un padre y de una madre. Un padre en su sitio da una seguridad que no proporciona ningún amigo. Una madre en su sitio ofrece una ternura que no ofrece ningún amigo. Los ejemplos pueden ser interminables. Piensa un poco en estas cuestiones. Ser padres es más que ser amigos. La autoridad, en su justo equilibrio, es un referente psicológico necesario para el niño.

